

CON DARIO, POR LOS CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

P O R

CARLOS MARTINEZ-BARBEITO

En la vida de Rubén se hace un alto. Las turbulencias y exaltaciones de la apasionada juventud, un erotismo precoz y agotador, los largos viajes, las muchas gentes, la vida social, los cargos públicos, escribir, escribir, el alcohol y las drogas, producen un día al poeta, ya en el umbral de la cuarentena, ese tedio del placer, esa fatiga de la carne, esa desgana del libertinaje que indefectiblemente vienen con la madurez y empañan de tristeza muchas almas próceres. La vida de Rubén se cuarteja, se agujerea y se deshace. La vida se le pudre encima. Ha vivido demasiado.

Llega para él—¿por cuánto tiempo?—ese momento de mirar hacia adentro, de sentir que se han malbaratado unos años y unas fuerzas que ya no pueden recobrase. Se siente náusea; el paladar se ha estragado. Por un momento, todo repugna. Los manjares y las bebidas fuertes asquean. Es preciso volver a la honrada sencillez del pan, a la transparencia del agua. Hay como una gran nostalgia de la niñez, de lo humano más simple, de la naturaleza pura. Se reniega de los sentidos y se proscriben las hinchazones de la sensualidad. ¿Hasta cuándo?

En ese momento, el momento de los *Cantos de vida y esperanza*, Rubén Darío mira hacia atrás y se le escapa un sollozo por la juventud perdida y por sus extravíos. Por

nuestros males todos hechos de carne y aromados de vino

y por

esa atroz amargura de no gustar de nada...

*Quiero expresar mi angustia en versos que abolida
dirán mi juventud de rosas y de ensueños
y la desfloración amarga de mi vida,
por un vasto dolor y cuidados pequeños.*

Tal es la situación de ánimo en que el poeta escribe los *Cantos de vida y esperanza*, a mitad del camino de su vida, cuando el haber

vivido mucho y el haber sufrido dolor que mustia y picazón que irrita, trae al paladar una gota de hiel:

*Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:
¡Dejad al huracán mover mi corazón!*

sigue precisando el poeta. Y luego, lamenta:

*las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.*

Tal es su cansancio y tal su hastío. El cansancio y el hastío de la felicidad abusada.

Huracanes le pide el corazón. Es decir, sacudimientos hondos y altos. No esa brisa fácil de lo voluptuoso que apenas si eriza la superficie de los sentidos. Los *Cantos de vida y esperanza* rezuman descontento. De sí mismo. De sus excesos. De la mezquindad del mundo, de las luchas pequeñas, de las preocupaciones y las penas mínimas. Huir. Huir. Y resistir. A los poetas les dice que no teman la insurrección de los impuros y los bajos. Esperad, oponedles

una tranquilidad de mar y cielo.

Es decir, la serenidad. Pero la serenidad es para los otros poetas. Para él no es bastante. El tiene que huir. Subir, volar montado en su ideal Pegaso. Sólo le satisfará una gloriosa explosión de oro y azul en las alturas; sólo puede respirar un infinito exultante, jubiloso y pánico. El sol, el cielo y el mar, allá lejos, allá arriba, puros, intocados, libres. Y allá arriba, deshacerse, estallar de luz y altura. Esa es el ansia de Rubén en los *Cantos de vida y esperanza*.

Pero en ningún libro de ningún poeta, como en ninguna vida de ningún hombre, hay un camino único. En Rubén, tampoco. Huye, pero vuelve. Sube, pero baja. Vuela, pero se arrastra. Grandeza y servidumbre humanas, hermosura total de lo humano, aceptada.

Por un momento, parecía abandonar, hastiado, a la mujer. Pero en seguida dice:

*¡Carne, celeste carne de mujer!
(...) la vida se soporta,
tan doliente y tan corta,
solamente por eso:
¡roce, mordisco o beso
en ese pan divino (...)
En ella está la lira,
en ella está la rosa,*

*en ella está la ciencia armoniosa,
en ella se respira
el perfume vital de toda cosa.*

La mujer y la gloria

*concentran el misterio
del corazón del mundo.*

La gloria también, porque ella, dice Rubén, justifica la vida y justifica al hombre. En la mujer y en la gloria, otras veces en el arte, encuentra fuerzas Rubén para seguir viviendo.

*El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte
el que vence el espacio y el tiempo; su estandarte,
pueblos, es del espíritu el azul oriflama.*

Rubén se niega a morir. Se niega a hundirse en ninguna tiniebla y en ningún olvido. No son para él las prisiones. El es una criatura solar, un hijo del trópico y de la selva, un calenturiento, un ebrio de luz y fuerza. Y dice:

*Helios,
portaestandarte
de Dios, padre del Arte,
la paz es imposible, mas el amor eterno.
Danos siempre el anhelo de la vida
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida
con que esquivar podamos la entrada del infierno.*

Bien claro está que el infierno no es para Rubén el infierno del fuego, sino el infierno de la oscuridad y el frío. Parece que Rubén puede perderlo todo, menos la vida y la esperanza. Las dos cosas que canta en el mediodía de su vida. El dirá:

La vida es dura. Amarga y pesa.

pero en seguida gritará:

¡Mas es mía el alba de oro!

Y aunque al principio de los *Cantos*, al detenerse en medio del camino de su vida para mirar atrás y luego adelante, había declarado:

*Peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.*

Y aunque habló luego con ansia de

la armonía del gran todo,

y aunque dijo que

la virtud está en ser sencillo y fuerte,

no era más que un deseo, un engañoso deseo.

Quien avance verso a verso por los *Cantos de vida y esperanza*, verá cómo Rubén se recupera de la transitoria serenidad. No será nunca un hombre sereno ni un hombre tranquilo y sólo en cierto modo será un hombre fuerte:

*¡Oh, primavera sagrada!
¡Oh, gozo del don sagrado
de la vida!*

Ese será su grito. Primavera y alba. Volver a empezar. Ser siempre joven, siempre nuevo, siempre vital y esperanzado, siempre gozador frenético. Y exclama jubiloso y lleno otra vez de pasión vital:

*Epicúreos o soñadores,
amemos la gloriosa vida
coronada de flores
¡y siempre la antorcha encendida!*

Y todavía:

*Exprimamos de los racimos
de nuestra vida transitoria
los placeres por qué vivimos
y los champañas de la gloria.*

*Devanemos de amor los hilos,
hagamos, porque es bello, el bien,
y después durmamos tranquilos
por siempre jamás, amén.*

Este es el verdadero programa vital de Rubén Darío, su verdadero credo, oscurecido a veces con unas invocaciones a la piedad, a la virtud y a la penitencia que ¿a quién convencerán? En esa exultancia tremenda, en esa explosiva fuerza vital está el Rubén de antes y de después; el Rubén de siempre. En los *Cantos de vida y esperanza* está la Cruz; está Dios, está María y están los santos. Pero detrás, el diablo hace guiños irónicos y es el que dice la última palabra. Y quien dice el demonio, dice el mundo y la carne.